

**Pablo Ansolabehere, *Literatura y anarquismo en Argentina (1879-1919)*
Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2011, 366 páginas.¹**

Es una alegría estar presentando este libro, junto a los amigos y colegas de Pablo. Un libro que se hizo esperar, y la espera valió la pena. Estamos ante un libro “grande” en su espectro, escrito con una mezcla de sensibilidad y garra. Desde mi rincón, he visto a Pablo hacerlo, porque hemos hablado cada tanto de cuestiones en común. Nos hemos encontrado en una rara frontera —inesperada para los dos, creo— donde sus anarquistas se cruzaban con los criminólogos o policías que yo estaba siguiendo (o los policías cruzaban sus obras teatrales, o sus novelas, y los anarquistas aparecían en los tratados criminológicos que yo leía en algún momento). Intercambiamos figuritas, impresiones, perplejidades ante estos cruces, como suele pasarnos en la investigación. (Ninguno de los dos estaba seguro de qué hacer con estos hallazgos. La conversación era: ¿estás viendo lo mismo que yo veo? ¿Qué hay algún policía que se pasa al anarquismo, que hay anarquistas interesados en la criminología? Era uno de los tantos cruces, suyos y míos, en este *métier* (y estos géneros) hecho de cruces, que ambos cultivamos.

Gracias a esta coincidencia extraña (o por su culpa) mi lectura del libro de Pablo me deparó sorpresas. Yo sabía que era un texto mayor, en el que había elementos que no conocía. Pero por el lugar de encuentro de nuestros intereses, ingresé a este libro al revés. Comencé leyendo el capítulo sobre el anarquista delincuente, que es el anteúltimo, luego el capítulo de la bohemia, que es el antepenúltimo, etcétera. Y ahora que he leído todo en el orden correspondiente, entiendo mejor la empresa detrás de esta investigación y puedo ver mucho más claramente la apuesta implícita de los textos que conocía. Están en otra secuencia de sentido (pensaba, por ejemplo, hasta qué punto mi propia inclusión del texto de Pablo sobre el anarquista delincuente en una compilación de historiadores culturales del delito había condicionado mi lectura del trabajo, un poco como esas operaciones de viaje de textos anarquistas de los que él habla en su libro (aunque yo no lo expropié).

Digo esto porque veo en el libro de Pablo uno de los ejemplos más logrados del diálogo (tenso, no tan fácil como creíamos hace unos años) entre crítica literaria e historia, que es posible por algunos de los atributos del libro que mencionaré brevemente. Para mí, que leo desde la historia cultural, es un ejemplo de todo lo que la sensibilidad literaria puede agregar, enriquecer a la mirada culturalista (incluso la de mejor calidad) del historiador. Y a la vez, mantiene este diálogo como posible. Es, en efecto, un libro de gran legibilidad para un historiador de la cultura. No solamente porque están muy presentes las preguntas sociológicas y antropológicas de la historia cultural (producción y circulación de textos, perfiles de los públicos, apropiaciones, efectos de sentido que brotan de los contextos —textuales y contextuales— de lectura), sino porque junto a esto (y al cuidado escrupuloso de reconstrucción de los contextos) Pablo ejerce lo más específico de su *métier*: la lectura densa, la pregunta por los géneros, por las figuras de autor y lector. Una de las cosas que dice (o que nos dice a los historiadores): vean cómo leer, cómo sacar partido de las inflexiones de los textos para entender los pliegues de esa cultura anarquista que creíamos conocer tan bien. No porque se trate de un libro de inscripción híbrida. La diferencia (la identidad del libro) está muy claramente planteada en los capítulos iniciales, donde Pablo coloca su pregunta por el lugar del anarquismo en la literatura y la cultura, donde el diálogo con otros trabajos (pienso en Juan Suriano y su historia cultural del anarquismo, pero también en muchas historias del anarquismo en otras sociedades) es muy explícito. Muy presente y a la vez muy distintivo, informado por preguntas (y por sensibilidades analíticas) de naturaleza literaria.

Menciono un rasgo que es frecuente en los trabajos sobre anarquismo, pero que raramente he visto llevado tan lejos en la audacia de su apuesta (y sus implicancias de investigación): la inscripción de cada tema (y de cada diálogo) en una red de referencias —temáticas, geográficas, pero también analíticas— de amplitud máxima. Así lo exige un tema tan sin fronteras, podría decirse. Pero no, porque no son solamente las genealogías de los repertorios temáticos del anarquismo (el tópico del espía, el del anarquista conspirador, el de la ciudad del futuro, el de la bohemia filo-anarco aristocratizante, etcétera). Esta amplitud también está en el espectro del diálogo *sobre* el anarquismo, su cultura, su literatura, su circulación y las inflexiones de sus pregnancias singulares. El libro hace un recorrido que nunca deja de mirar otros recorridos, y que tampoco deja de marcar su posición. A cada paso, Pablo nos dice: “esto es similar a...” Pero nunca se disuelve en esta comparación: “lo que habría que agregar”, “lo que habría que distinguir”, “lo que habría que invertir”, etcétera. Por último, es un tipo de recorrido que tiene

¹ Se reproduce el texto leído por Lila Caimari como presentación del libro el 7 de octubre de 2011, en Sede Buenos Aires de la New York University.

consecuencias no solamente en la caracterización de la cultura anarquista, sino que termina volviendo sobre la literatura argentina *tout court* (veo esto, por ejemplo, en las hipótesis en relación a Carriego y la figura de la costurerita que da el mal paso, parienta no solamente del barrio porteño, nos dice Pablo, sino también de las *grisettes* de la vida bohemia, y de los fulgores y sombras del Barrio Latino.)

Veo aquí una de las diferencias de este libro. Está presente desde la concepción misma del *corpus* y en la manera de organizar y escrutar ese *corpus*: creativa, osada, combinando el criterio archivístico un poco glotón del historiador cultural (el archivo de lo infinito particular, donde todo convive), con la organización jerárquica y el análisis textual, en primerísimo plano, de un crítico.

El libro de Pablo no se llama “Literatura anarquista argentina”, sino “Literatura y anarquismo en la Argentina”. Y la razón de este título, que puede no ser evidente cuando uno abre el libro, es evidentísima al leerlo. Describiría el abordaje como una serie de puestas en escena del anarquismo a la luz de vectores literarios que son muy diferentes entre sí. Y en cada caso también es diferente —extraordinariamente diferente— lo anarquista. Pablo saca pleno provecho de la heterogeneidad y versatilidad del fenómeno que observa (un rasgo que conocemos, del que siempre hablamos pero que pocas veces he visto tan nítidamente demostrado) iluminando expresiones cuya relación con lo libertario puede ser diversa hasta lo irreconocible (y por momentos, lo inconciliable). Lo anarquista es central, marginal, fronterizo, híbrido. Hay figuras orgánicas, otras que pasan por el anarquismo, otras que coqueteen, hay rarezas anarquistas, y anarquistas raros.

El recorrido se inicia con una caracterización (brillante) de la literatura anarquista, de su colocación en relación a la política, a la concepción singularísima de autor y de artista. Esta literatura de conversión está hecha de géneros característicos —el diálogo edificante, el teatro amateur, la velada, la fábula, el folletón pedagógico. Hay consignas libertarias, agendas pedagógicas, programas revolucionarios, fantasías utópicas dichas con todas las letras en el corazón de un folletín, de una novela o un verso criollo. Leído hoy, tan lejos de aquella sensibilidad, la pedagogía poética de conversión produce efecto cómico (justamente por su falta de sentido del humor, un rasgo que señala Pablo, muy acertadamente, y que podríamos extender a otras expresiones culturales de la izquierda). Veamos este romancero que publica *La Protesta* en 1905: “La ley de oferta y demanda/ productora del salario/ es la ley que más agranda/ el sufrir del proletario”. Ahí (en lo que nos mueve a la risa condescendiente ante esta seriedad pedagógica) aparece una de las dimensiones de mayor extrañamiento en relación a esta interpelación. El historiador Abraham Lowenthal decía: el pasado es un país extranjero. Entendemos muchas cosas (o creemos entenderlas). Otras, las entendemos a medias. Otras nos dejan afuera. En estos pasajes del libro, el mundo que se describe es por momentos familiar, reconocible. Por momentos, sus temas, sus procedimientos, pero sobre todo su tono y sensibilidad, resultan extraños, arcaicos, describen un mundo *otro*. Pocas cosas transmiten mejor el espíritu de este mundo, y a la vez todo lo que de él nos separa, que la lectura de algunos los versos que lo construyeron, de las consignas, de algunas figuras. En esta selección de ejemplos, que no es excesivamente abundante (Pablo evita el síndrome “arbolito de navidad” que nos acecha a los historiadores que trabajamos estos archivos tan amplios) pero sí muy expresiva, y suficiente para comprobar todo lo que produce extrañamiento en relación a esta interpelación. En estos tramos, donde se trata de comprender los términos en los que se plantea una literatura anarquista de conversión (que Pablo analiza sin nunca perder de vista su carácter rudimentario y formulaico) el libro cumple con una función al traducir, del pasado al presente, los significados (las redes de sentido) de estos textos-documento, para hacerlos inteligibles al lector del presente. Son los pasajes más culturalistas del libro: si el trabajo del investigador es traducir al presente lo que resultaba natural y evidente a quienes habitaron el pasado, el trabajo de Pablo cumple con lujo esta misión, que tiene algo de antropología política-literaria.

A veces lo anarquista se aloja en sus ecos literarios, en resonancias, en estéticas, en algún término, en climas. A veces, literatura y anarquismo significa literatura *contra* anarquismo, como es el caso del capítulo sobre la criminalización del hombre anarquista, de *l'uomo delinquente* lombrosiano. En cada caso, Pablo construye un ángulo diferente (es un libro de ángulos), que le permite armar cruces completamente diversos. Como un fotógrafo, Pablo se para en puntos distintos para encontrar las luces y las sombras que mejor dan relieve a su objeto —bohemia aristocratizante / organización criminal conspirativa / gauchismo libertario—. Y de vez en cuando, da vuelta la cámara y mira a los que miran al anarquismo, para incluir tratados criminológicos, memos policiales, libros de lectura, textos sobre el científico fabricante de bombas.

Los cruces que describe este *corpus* amplísimo (entre literatura anarquista y otros elementos) son por momentos, muy complejos. El criollismo anarquista, o gauchismo libertario, los Moreiras que “la pelean pensándola”, y que pueden (y deben) ser ganados a la causa. La figura del paisano esclarecido, que habla de “güelgas”, y dice: “si los pobres paisanos criollos no juéramos tan sonsos y nos uniéramos con

los gringos, esos que suelen venir y hablar tan lindo!” Pablo se detiene a menudo a explicar estas mezclas improbables entre internacionalismo y criollismo; en cierto modo, podría decirse que es un libro sobre el vaivén entre lo internacional y lo local. El anarquismo, fenómeno trasnacional por antonomasia, se entrevera con la tradición nacional, dice Pablo. O con géneros que le son antinómicos (como la crónica del crimen). Operaciones complejísimas, maridaje con costos (e incompatibilidades) evidentes: las costuras se ven por todas partes. Y se ve el cálculo: hablar la lengua popular para atraer a las masas, incorporarse a una tradición nacional, hacer la mímica de periodismo de masas porque hay que ampliar la base de lectores sin caer en las bajezas de ese periodismo, etc.

Para dar cuenta de estos movimientos, Pablo muestra las estrategias de expropiación de textos, los juegos de recortes, re inserción, cambios de contexto —y por ende, de sentido. La “güelga” en la payada campesina, la consigna antiburguesa en el café bohemio, la gran utopía urbana en la escuela porteña...

La voz de Pablo está muy cerca y a la vez lo suficientemente distanciada para transmitir esa impresión de un objeto *otro*, para nunca perder de vista qué es lo que hay que dar por sentado, y cuánto lo que hay que explicar. Es un libro que guarda relación íntima con su objeto, y que a la vez pone a ese objeto en el *canvas* más amplio que el que nunca habíamos tenido.

En las páginas de agradecimiento, Pablo evoca al jugador de fútbol que después de meter un gol, se levanta la camiseta del equipo para mostrar otra camiseta que dice “gracias, mamá”. Los que estamos en la tribuna, te decimos: gracias, Pablo. Nos hiciste esperar. Pero la espera valió la pena.

Lila Caimari